

en las tempestades que comenzaron la ruina de la flota española, y también se mostró en la asistencia que los oscuros insurrectos de los Países-Bajos prestaron á Inglaterra: sin los buques holandeses que bloquearon al duque de Parma, habría sido destruida la flota inglesa. Luchando contra la Reforma, luchaba Felipe II contra la Providencia; por eso sucumbió en todas partes.

Sucumbió en los Países-Bajos, sucumbió en Inglaterra, sucumbió en Francia. ¿Habrá que exclamar con los antiguos Galos: ¡ay de los vencidos! Se debe juzgar á los hombres, no por el resultado de sus esfuerzos, la victoria ó la derrota, sino por los sentimientos que los inspiran, por el fin que persiguen. Felipe II, hagan lo que quieran los fanáticos admiradores que tiene en medio del siglo XIX, no será jamás un héroe de la humanidad; más todavía que Carlos V, fué el ciego defensor del catolicismo, el representante de lo pasado en lucha con las tendencias de lo porvenir; pero si no es un ángel ni un santo, tampoco es el demonio que de él se ha querido hacer: campeón del catolicismo, obraba como obraban los campeones del protestantismo. Felipe mismo hace esta observación, respondiendo al rey de Dinamarca, que le había propuesto una pacificación fundada en la concesión de la libertad religiosa: "En todas partes, dice, siguen los príncipes como regla el no consentir otro culto que el que ellos mismos profesan, y estiman que la unidad de creencias es necesaria para el mantenimiento de la religión y para la conservación del Estado. ¿Por qué á mi no me sería esto permitido? ¿Por qué no he de tener yo el derecho de hacer por la verdadera fe lo que hacen los demás por sus falsas doctrinas?", (1). No era la reina Isabel más tolerante que Felipe; si la una es glorificada por la posteridad mientras el otro es maldecido, es porque la causa de la reina de Inglaterra se hizo la causa del libre pensamiento, mientras que la del rey de España se confundió con el despotismo de la Inquisición.

Empero, como defensor del catolicismo, merece Felipe II una gloria que sólo podrían disputarle mezquinas pasiones. Él fué vencido, pero también venció. Si no destruyó el protestantismo, contuvo á lo menos sus progresos en los Países-Bajos y en Francia. ¿Se le imputará á crimen el haber

(1) STRADA, *de bello belgico*, t. II, p. 389.

obtenido ese resultado por la violencia? Este es el crimen del catolicismo, y en vano se le negará: la voz de los papas, esos vicarios infalibles de Dios, dice á todos los príncipes, durante la larga lucha de la Iglesia contra los herejes, que la guerra es el único medio de extirpar la herejía. Declarándose impotentes para vencer la Reforma con la libre discusión, proclamaron los papas la decadencia del cristianismo tradicional. ¿Qué importan las parciales ventajas que alcanzan contra los protestantes en el siglo XVI? En la esfera del pensamiento no son decisivas las victorias de la fuerza armada. Los enemigos de Roma tomaron la costumbre de apelar á un concilio universal; los vencidos en la lucha del catolicismo y el protestantismo pueden apelar á lo porvenir, á la humanidad, y esta apelación será escuchada tarde ó temprano.

SECCION 3.^a

FRANCIA.

§ I.—Misión de Francia en la lucha religiosa.

España tuvo una misión bien determinada en la lucha del catolicismo y la Reforma, y eso fué lo que constituyó su grandeza en el siglo XVI: tenía su bandera, la de la antigua fe, por la cual no ha cesado de combatir desde que existe. Bajo esta bandera concentra todas las fuerzas del catolicismo, las manda, y se puede decir que ejerce una especie de dominación universal sobre el mundo católico. Francia, en cambio, no se decide ni por la antigua religión, aunque se llama el reino cristianísimo, ni por la nueva confesión, aunque tiene el genio revolucionario. Enciende, es verdad, hogueras contra los novadores; mas al propio tiempo los sostiene en Alemania y en los Países-Bajos; uno de sus reyes se intitula protector de la libertad germánica, y esta libertad es la del protestantismo. Esa indecisión entre lo pasado y lo porvenir es lo que constituye la debilidad de la Francia en el siglo XVI: se desgarró en espantosas guerras civiles, y en un cierto momento parece que va á desaparecer para ser absorbida en la inmensa monarquía católica de Felipe II.

Extraña á primera vista el papel de Francia en la lucha que abre la era moderna; tan acostumbrados estamos á que tome la iniciativa del movi-

miento, que nos cuesta trabajo comprender que vacilara en el siglo XVI entre lo pasado y lo porvenir. Francia era, sin embargo, ya en aquella época una de las grandes potencias del mundo occidental: bajo Francisco I disputó la monarquía universal á la Casa de Austria; ¿habría bajado viva á la tumba con el rey caballero? No cabe duda que haya tenido una misión en la guerra de los dos principios que se disputaban el imperio de la cristiandad; pero es difícil comprenderla. Diríase que la incertidumbre de Francia se refleja en los historiadores, que sólo parecen de acuerdo para formular apasionadas censuras. Los católicos la acriminan de haber seguido una pérdida política, ortodoxa en apariencia y en realidad favorable á los novadores (1), y los libres pensadores no le perdonan que no se pusiera á la cabeza de la revolución (2). Creemos, por nuestra parte, que estas acusaciones no tienen en cuenta el genio francés ni el espíritu de la Reforma. Si Francia no tomó una actitud decisiva en la lucha del protestantismo y el catolicismo, fué porque, en el fondo, no era ni protestante ni católica.

La Reforma, inaugurada por Lutero, alemana hasta la médula de los huesos, es esencialmente germánica. Ahora bien, lo que caracteriza sobre todo á la raza alemana es el espíritu de diversidad; y así no fué en su origen otra cosa la Reforma que una insurrección contra Roma, contra la unidad católica. Francia no podía por esto mismo simpatizar con los reformadores, porque su genio es el de la unidad. Ya desde el siglo XVI tenía por divisa: "Un Dios, un rey, una religión" (3); y los reyes, órganos de la nacionalidad francesa, proclamaron como base de la monarquía esta máxima: "Así como por la Providencia divina no hay más que un sol y un solo rey en nuestro reino, tampoco debe, por análoga razón, haber en él más que una sola religión" (4). No se podía en este orden de ideas comprender la coexistencia de dos Iglesias en un Estado: "Es cosa monstruosa, imposible," dice el parlamento (5). "Si se la per-

(1) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (tomo XI, p. 304).

(2) MICHELET, *Histoire de France*, t. IX, p. 116.

(3) ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, I, 2, p. 172.

(4) Edicto de 1567 acerca de los funcionarios de la judicatura y su religión (*Mémoires de Condé*, t. I, p. 185).

(5) Representaciones del parlamento contra el edicto de tolerancia de Enero de 1561 (*Mémoires de Condé*, t. III, p. 51-53).

mite, dicen los jefes de la opinión católica, será una causa de disolución y de muerte," (1). La necesidad de la unidad religiosa llegaba hasta la pasión, hasta el furor en los hombres exaltados: "¿Quién no ve que la división es la muerte?", exclama el fogoso Boucher. Después lanza el predicador de la Liga una invectiva contra la dualidad, "que es el número de los animales inmundos, que significa los malvados, los corazones dobles: el que pide la división es el Apóstol del Antecristo," (2). Los hombres moderados (3), aquellos mismos que eran partidarios de la tolerancia y que no se espantaban de las nuevas ideas, convenían en esta violenta reprobación de la división religiosa. Nadie ha expuesto con más fuerza que *L'Hospital* los peligros que ofreció la Reforma para la unidad del Estado: es locura, dice, esperar paz, reposo y amistad entre personas que son de diversas religiones. Y no hay opinión que tanto penetre en el corazón de los hombres como la opinión de religión, ni que tanto separe á los unos de los otros... Nosotros lo experimentamos hoy: vemos que un Francés y un Inglés que son de una misma religión tienen más amistad entre sí que dos vecinos de una misma ciudad, súbditos de un mismo señor, que sean de diversas religiones; de tal manera, que la unión de religión supera á la que reconoce por causa la patria; y por el contrario, la división de religión es más grande y profunda que ninguna otra. Es lo que separa al padre del hijo, al hermano del hermano, al marido de la mujer, y lo que aparta al súbdito de prestar obediencia á su rey, y lo que engendra las rebeliones... Si, pues, la diversidad de religión separa y excinde las personas que están ligadas en tan próximos grados y con vínculos tan íntimos, ¿qué no hará entre los que no se toquen tan de cerca? La división de lenguas no hace la separación sino de reinos; pero la de la religión y de las leyes, de un reino hace dos. De ahí viene el viejo proverbio: *una fe, una ley, un rey*. Y es difícil que los hombres, en tal diversidad y contrariedad de opiniones, se puedan contener sin venir á las armas, porque la guerra,

(1) Petición presentada al rey por el triunvirato, 1562 (*Mémoires de Condé*, t. III, p. 389).

(2) *Sermons de la simulée conversion de Henri de Bourbon*, par J. BOUCHER, docteur en théologie, Paris, 1594 (*Sermon IX*, número 13).

(3) PASQUIER, *Lettres*, IV, 13.

como dice el poeta, sigue de cerca y acompaña á la discordia y al debate,, (1). Lo que en los espíritus políticos era convicción razonada, era en el pueblo un instinto profundo, irresistible: "La gran masa de la nación, dice un contemporáneo, se atenía á la conservación de la religión católica establecida en Francia después de doce siglos, y le parecía no sólo impiedad cambiarla ó alterarla en lo que quiera que fuese, sino también imposible sin la ruina del Estado,, (2). Los hugonotes fueron siempre una pequeña minoría (3); y, cosa digna de notarse, jamás echaron raíces en la ciudad que es como el corazón de la Francia, en París.

La Francia era, pues, católica en el sentido de que, dotada en alto grado del sentimiento de la unidad, le repugnaba el desgarramiento de la Iglesia, y parecía temer su propia disolución con la disolución de la cristiandad. Podría creerse que con tal carácter estaba predestinada á tomar la defensa de la unidad cristiana, amenazada por los nuevos sectarios; pero si la Francia era católica por la necesidad de la unidad, no lo era ya por las creencias, como España. España dió al catolicismo no sólo Carlos V y Felipe II, defensores armados de la antigua fe, sino que le dió Ignacio de Loyola, más grande que el rey católico y que el emperador de Alemania. Para salvar el cristianismo histórico no bastaban sólo las armas; necesitábase un nuevo principio de vida, aunque no fuese sino para exaltar á sus defensores y excitarlos al combate. El reformador del catolicismo nació en España, señal evidente de la misión de la raza española. En cuanto á Francia, no estaba más dispuesta á una reforma católica que á una reforma protestante; faltábale el espíritu cristiano. Y no es esto una paradoja. Los contemporáneos atestiguan que el rigor cristiano de los reformados aterraba á los cortesanos. Los calvinistas condenaron á muerte en Orleans á dos adúlteros. "Esta sentencia, dice *De Thou*, fué tan mal recibida por los cortesanos, que la mayor parte tuvieron la impudencia de decir muy alto que serían siempre opuestos á los protestantes, y que no tomarían jamás por maestros á gentes que, por una severidad inaudita entre

(1) L'HOSPITAL, *Harangue aux États-Généraux d'Orléans*, de 1560 (*Œuvres*, t. I, p. 396-398).

(2) *Mémoires de Castelnaud*, c. 33 (PETITOT, XXXIII, 25).

(3) No había más que medio millón de hugonotes en 1568 (SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. II, página 297).

nosotros, habían castigado con la muerte el adulterio, que hasta entonces había quedado impune,,. Una sociedad semejante no estaba hecha para ponerse á la cabeza de una revolución religiosa; porque, en efecto, quien dice revolución religiosa dice renovación moral. Si Francia no era ya cristiana por las costumbres, es más que probable que no lo fuera tampoco por las creencias, porque cuando las creencias son firmes, modelan las almas. No sin razón se desconfió de la ortodoxia francesa en el concilio de Trento (1). El catolicismo era para Francia lo que es hoy en casi todas partes, una religión política. Había, sin embargo, una minoría ferviente que conservaba el culto de lo pasado á la manera de los Españoles, y que clamaba con toda su alma por el rey de España y el régimen de la Inquisición. Esta minoría llegó á dominar temporalmente en la nación por el fanatismo de su celo; pero era impotente para dirigir sus destinos, porque Francia llevaba ya en su seno el germen de un cisma: era galicana. El galicanismo confirma lo que decimos de las tendencias de la raza francesa: es una doctrina política más bien que religiosa; bajo el punto de vista católico, no es más que un tejido de contradicciones; pero las contradicciones se borran cuando se considera el sentimiento que inspira á la nación, la cual quiere quedar fiel á la unidad cristiana, sin querer que los papas le impongan leyes. Si hubiera sido sinceramente creyente, habría bajado la cabeza ante el papado, como lo hacía España.

No siendo Francia ni protestante ni católica, ¿cuál debía ser su misión en un siglo en que reinaban las pasiones religiosas? No podía tomar en estos debates la iniciativa que ha tomado después con tal estruendo en el movimiento político. ¿Quiere esto decir que haya sido infiel á su divisa, el progreso, la libertad, la humanidad? Singular espectáculo, que prueba, como la historia entera, que los destinos del género humano son dirigidos por la Providencia: Francia fué quien salvó el protestantismo, aun combatiéndolo en su seno. Carlos V no cesó de reprochar á Francisco I "el impedir cuanto podía el remedio de la fe,, (2). Cuan-

(1) VARGAS, embajador de España en Roma, trata á los Franceses católicos de luteranos: quieren, escribe á Granvella, hacernos á todos luteranos (GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. VI, página 517).

(2) GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. II, p. 240.

do el astuto Mauricio creyó llegado el momento favorable para levantar la bandera de la Reforma, que para él era la bandera de la libertad y de la independencia de Alemania, se dirigió al hijo de Francisco I, y un rey de Francia se declaró el defensor de la libertad germánica. Los príncipes protestantes, siempre divididos, y por tanto débiles no tuvieron fuerza jamás sino por el apoyo de Francia: "¿Quién ignora, dice *Schomberg*, que nada mantiene á los protestantes contra los católicos, cuyos bienes usurpan, bienes poseídos por el rey de España, por la Casa de Austria, por el papa y por todos los protestantes de Italia, sino el contrapeso de la asistencia de la corona de Francia?, (1). Cuando estalló la terrible guerra que amenazó destruir al protestantismo en la patria misma de Lutero, Francia fué todavía quien lo salvó, y la Francia gobernada por un cardenal. ¿No parece esto una ironía de la fortuna?

Por inconsecuente que Francia aparezca, es bien consecuente consigo misma. Si se interesa en la Reforma, no es por sus doctrinas religiosas: las disputas sobre la gracia y la fe tienen poco atractivo para el espíritu positivo de la raza gala; pero la revolución del siglo XVI tiene un lado político y resultados políticos que interesan vivamente á Francia; y hé ahí por qué interviene constantemente en favor de los protestantes de Alemania. Al salvar la Reforma, salvó Francia la libertad de pensar, que le interesa más que la libertad evangélica. Diráse que fué á su pesar, ó, á lo ménos, sin tener de ello conciencia, como defendió Francia el libre pensamiento; es bien cierto que ni Francisco I, ni Enrique II, ni Richelieu pensaron en combatir por la libertad de la inteligencia; pero esto no impide que las naciones tengan su misión, que prosiguen por instinto bajo la mano de Dios. Sólo por ser la Francia política en religión, es decir, por estar cerca de ser indiferente, estaba predestinada á ser un instrumento de la Providencia para difundir la tolerancia en la cristiandad. La paz de Augsburgo consagró el derecho de los príncipes y no la libertad; y así condujo á la tiranía religiosa entre los protestantes como entre los católicos, habiendo sido preciso que corriera la sangre á torrentes durante treinta años para dar á

Alemania la libertad de conciencia que el edicto de Nantes dió á Francia antes del fin del siglo XVI. Francia tiene la gloria de haber inaugurado el reinado de la tolerancia.

La política de Francia, en relación al protestantismo, anuncia su misión: ni católica, ni protestante, tiene una religión más alta, la de la humanidad. La tolerancia es la primera manifestación de este nuevo sentimiento, y no es la única ni la más notable. Lutero rompió la unidad católica é introdujo el principio de la diversidad en el mundo religioso. Si Francia mantuvo la unidad católica con una mano, rompió con la otra la unidad cristiana y excedió á Lutero: Francisco I fué el primero entre los príncipes cristianos que hizo alianza con los turcos, acto cuya audacia no puede ménos de admirarse cuando se reflexiona un instante en el pasado de la Francia y en el estado de la cristiandad. Los reyes de Francia se llaman *cristianísimos*, y habían ganado este envidiado título en los campos de batalla del Asia. La raza francesa tomó la iniciativa de las cruzadas, de aquellas guerras heroicas que debían destruir el mahometismo; había lucha á muerte entre las dos religiones y las civilizaciones que de ellas procedían, hasta el punto de que toda relación entre cristianos y mahometanos era condenada por el papa como una especie de apostasia. ¡Y hé aquí que el *hijo mayor de la Iglesia* fraterniza con el jefe del islam! No sin razón se escandalizó el mundo católico. Los papas recordaron al rey de Francia que era el defensor nato de la fe cristiana contra los infieles (1). Los sentimientos de los protestantes estaban en armonía con los del papado, y aun con mayor indignación que éste todavía reprobaron la liga de Francisco I con los Turcos: el odio del nombre musulmán fué lo que hizo cometer á los príncipes alemanes la más imperdonable de las faltas políticas, la de ayudar á Carlos V á vencer al rey de Francia, su aliado natural y su protector. En el mismo ánimo estaban los calvinistas franceses contra los Turcos: oigamos á *La Noue*, uno de los espíritus más distinguidos de la Reforma: "¿Qué

(1) Leon X escribió á Francisco I: «Cum rex christianissimus habearis, debes etiam unus omnium ad rem christianam defendendam esse propensissimus» (CHARRIÈRE, *Négociations de la France dans le Levant*, t. I, p. 8). Paulo III escribió en 1538 al condestable de Montmorency: «La historia prueba que ha sido siempre lo propio de los reyes de Francia el combatir á los infieles» (RIBIER, *Lettres et Mémoires d'Etat*, t. I, p. 126).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo IV, Appendix, p. 113.

alianza ni sociedad podemos tener con esos profanos Mahometistas, que soñaron un Dios imaginario, el cual, según el dicho de la Escritura, es más bien un diablo, y que manchan la honestidad y saquean el mundo?., (2). No se equivocaban papas y reformados en protestar contra aquella impia alianza que unía á los hijos de la Luz con los de las Tinieblas; todos aquellos á quienes queda una gota de sangre ortodoxa en las venas la maldicen todavía después de siglos (3). Pero la historia, lejos de maldecirla, enseña que el anillo enviado por Francisco I á Soliman es el primer lazo de una unidad más profunda que la falsa unidad de Roma: es el primer anillo de la cadena que unirá á todos los pueblos en un gran todo, la humanidad.

Hé ahí cómo resplandece la misión de Francia. La alianza con los Turcos es un acontecimiento tan importante como el protestantismo; no es sólo un hecho político, si que también religioso; derriba las barreras que el catolicismo levantaba entre los pueblos en nombre de Dios; prepara una religión más universal que la fe católica de Roma, una religión humana que abraza á todo el género humano, y Francia representa esta religión desde el siglo XVI. ¿Habrá que decir ahora por qué no se hizo campeón del catolicismo, por qué no se puso á la cabeza de la Reforma? Su misión era más elevada. El catolicismo y el protestantismo no son, después de todo, sino sectas más ó menos estrechas, mientras que la Francia representa la humanidad. Si hubiera tomado partido por el catolicismo, habría sucumbido la Reforma; no habrían podido luchar los protestantes contra las fuerzas reunidas de Francia y España; y con la Reforma habría perecido la libertad de pensamiento, que debía ser la gloria de la raza francesa. Francia salvó la Reforma, negándose á abrazarla; no podía hacerse calvinista sin ser infiel á su vocación; en el fondo era de la religión de Montaigne, excedía á Lutero y á Calvino; su gloria imperecedera es el siglo XVIII y la Revolución. Ahora bien: la Francia hugonote no habría dado á la humanidad ni el amplio cosmopolitismo de los filósofos del siglo pasado, ni su odio legítimo contra un régimen que debía der-

(1) LA NOUE, *Discours politiques et militaires*, xxii, p. 417.

(2) M. DE GERLACHE (*Essai sur le mouvement des partis en Belgique*, p. 71) dice que una de las causas providenciales de la caída de la monarquía francesa fué la política anticristiana de sus reyes, que se aliaron con los Turcos contra los cristianos y con los protestantes contra los católicos.

rumbarse; la Francia hugonote no habría inspirado á la Asamblea constituyente y á la Convención los inmortales decretos que proclamaron, no los derechos del ciudadano ó del fiel, sino los derechos del hombre. Para prepararse á esta gloriosa misión se desgarró la Francia en el siglo XVI con las horribles guerras que los historiadores condenan como una mancha en sus anales. Vamos á ver á quién hay que imputar esos crímenes.

§ II.—Carácter de las guerras civiles.

I.

Las guerras civiles que ensangrentaron á Francia en el siglo XVI se encendieron en nombre de la religión; provocaron matanzas como en ninguna parte se han visto, ni aún en la espantosa guerra de treinta años, excitaron pasiones, mezcla singular de teocracia y de democracia. En ellas juega la Iglesia un triste papel: en nombre de la religión se cometieron los más espantosos asesinatos; y en nombre de la religión, olvidando el más natural, el más legítimo de los sentimientos, sacrificaron los católicos franceses su patria á los intereses de Roma. Avergonzada de esta herencia, quisiera la Iglesia borrar las manchas de sangre que la afrentan, y quisiera mantener su reputación de poder conservador, comprometida por los manejos revolucionarios de sus agentes en las guerras civiles de Francia. Á oír á sus defensores, estas guerras no eran guerras de religión; los calvinistas formaban un partido político, queriendo hacer de la Francia una república á la manera de Suiza y de las Provincias Unidas, lo cual habría conducido á la disolución de la unidad francesa. Así presentan la guerra contra los hugonotes como una lucha de la monarquía contra el espíritu aristocrático, republicano, como una lucha por la unidad de la Francia. Los apologistas de la Iglesia añaden que no fué ella quien abrió las hostilidades, sino los sectarios, y que ellos fueron también los primeros que apelaron al extranjero, faltando á todos sus deberes para con su rey y su patria (1).

Los católicos tienen hoy la pretensión de renovar la ciencia histórica, según ellos alterada por

(1) FALLOUX, *Histoire de Pie V*, t. I, p. 225.—LACORDAIRE proclama la Liga santa y gloriosa, porque salvó la nacionalidad de Francia (*Sermon prêché à Notre-Dame*, le 14 février 1841, p. 12).

las preocupaciones de la filosofía y del protestantismo. ¿Á qué conduce esta ambiciosa tentativa sino á falsear lo pasado para acomodarlo á las miras interesadas de la Iglesia? Bien fácil nos será restablecer la verdad; no tenemos más que oír los testimonios contemporáneos, aquellos mismos que emanan de la Iglesia ó de su partido. Las pasiones religiosas eran vivas en el siglo XVI, y tenían por lo mismo una sinceridad que han perdido en nuestros días. La Iglesia, en efecto, no ocultaba sus designios: quería la dominación exclusiva, absoluta, sin sufrir la menor disidencia, y así lo decía. Para lograr ese fin supremo de sus votos, no vacilaba en apelar á la violencia, á la guerra, á la insurrección contra los poderes establecidos, y veía la mano de Dios hasta en los asesinatos que la libraban de sus adversarios. Por más esfuerzos que se hagan para desnaturalizar los hechos, los hechos existen; y el mismo trabajo que se toman para alterarlos es una prueba contra la Iglesia: no es posible defenderla sino falsificando la historia.

Nadie, por lo demás, ha negado que se mezclaran en Francia intereses extraños á la religión en la lucha del catolicismo y la Reforma. *L'Hospital* dice que hubo más descontento que hugonotería, y los embajadores venecianos, cuyas relaciones arrojan tanta luz sobre la historia moderna, reproducen esta imputación: dicen que los grandes se hicieron hugonotes para vencer á sus enemigos, sirviéndose de la religión como de una alcahueta (1). Esto es la exageración de un hecho verdadero: los hombres que se preocupaban ante todo del interés político, los que no participaban del fanatismo de sus contemporáneos, debían ver, sobre todo, móviles interesados en las guerras que desgarraban á Francia (2). Pero la acusación, si se la generaliza, prueba contra los acusadores. Para que pudiesen los jefes del partido hugonote explotar la religión, debía ser la religión un elemento poderoso de la vida del pueblo; y ¿cómo dudarla? ¿No fué una necesidad religiosa lo que dió nacimiento á la Reforma? ¿No fueron los reformados mártires de su

(1) J. CORNARO y BARBARO en la *Colección de TOMMASEO, Relations des ambassadeurs vénitiens*, t. II, p. 58, 114. Comp. ALBERI, *Relazioni*, II, 4, p. 81.

(2) *Mémoires* del duque de NEVERS, segunda parte, página 2: "Todo el que haya querido ha podido conocer que todas las guerras que se han hecho desde el año 1560 hasta ahora, han sido emprendidas por hugonotes y católicos, so pretexto de la religión y del público, para servirse de ellos únicamente como velo de su ambición desenfrenada."

fe? El mismo *L'Hospital*, impresionado por el valor y la serenidad con que iban á la muerte, dice que "resulta claramente que tales gentes estaban persuadidas de poseer una buena doctrina", (1). Cuando, hartos de dejarse degollar, acudieron á las armas, fué también el sentimiento religioso quien los animó. El severo *La Noue* nos dirá el espíritu que reinaba en los ejércitos de los hugonotes: "Yo observé entonces cuatro ó cinco cosas notables. La primera es que no se oyera entre tanta gente una sola blasfemia del nombre de Dios... La segunda, que no se encontrara en todos los cuarteles ni un par de dados ni un juego de naipes... En tercer lugar, estaban de allí desterradas las mujeres, las cuales ordinariamente no frecuentan tales lugares sino para servir á la disolución... Finalmente, por mañana y tarde, al poner y relevar las guardias, se hacían oraciones públicas y resonaba en los aires el canto de los salmos, cuyos actos revelaban piedad en aquellos que no suelen tener mucha en las guerras", (2). Los reproches que se dirigen á los hugonotes no tocan á las masas, recaen sólo contra los jefes; y aún entre esos supuestos ambiciosos encontramos un Coligny. Dejemos la palabra á un contemporáneo, á un sacerdote católico, para rendir homenaje á esa alma tan elevada y tan pura: "Aparte el interés de la religión que lo arrastra, dice *Le Laboureur*, y de que no hay necesidad de hablar sino para lamentar su ceguera y su desgracia, era uno de los hombres más grandes que haya producido jamás la Francia, y aún me atrevería á decir, uno de los más afectos á su patria."

El federalismo de los hugonotes es una invención católica que se refuta por sí misma, pues que no descansa en ningún testimonio. Los que les imputan el haber pactado con el extranjero olvidan que la Reforma tenía un lado político y que lo caracterizaba precisamente un vivo sentimiento de nacionalidad; y así los jefes más eminentes del partido calvinista tuvieron en el más alto grado el amor de la patria. Cuando en 1552 querían los hugonotes que se pidiera un pronto y suficiente auxilio á los príncipes de Alemania, declaró Coligny que preferiría morir á consentir que los de la religión fuesen los primeros en hacer venir fuerzas ex-

(1) *L'HOSPITAL, Œuvres*, t. I, p. 473.

(2) LA NOUE, *Discours politiques et militaires*, p. 523.